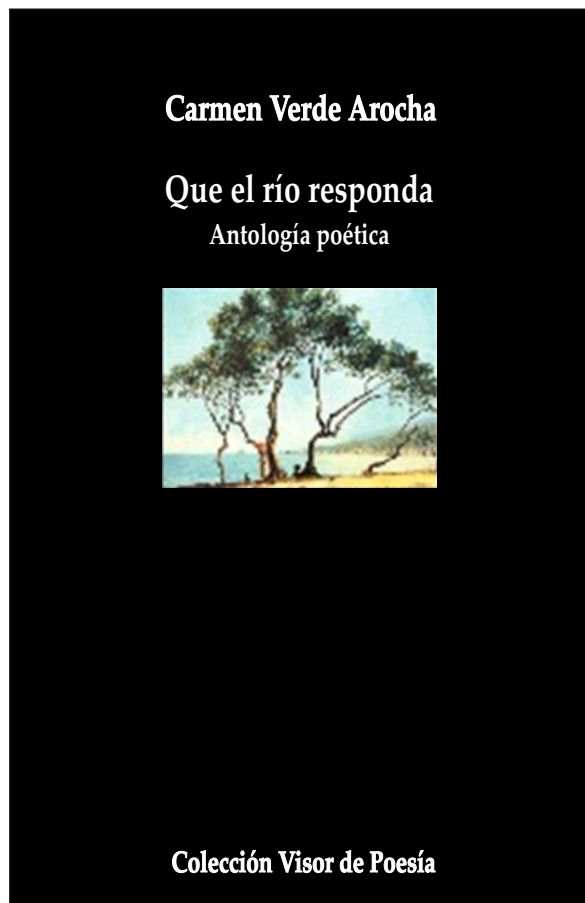




Que el río responda: Antología poética.

Por Carmen Verde Arocha.

Visor Libros / Fundación para
la Cultura Urbana, 2025. 184 p.,
Colección Visor de Poesía.

Néstor Mendoza
Universidad de Carabobo, Venezuela
eltallerblancoed@gmail.com



¿Cómo citar?

Mendoza, N. "Que el río responda:
Antología poética. Por Carmen Verde Arocha"
Contexto, vol. 29, n.º 31, 2025, pp. 285-287.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Por una omisión involuntaria, no me había acercado de manera “crítica” a la obra de Carmen Verde Arocha. Ya le había mostrado a la poeta mi interés en escribir sobre ella, sobre su trayectoria o, al menos, una porción sensata de su trayectoria. No pasó antes, pero está pasando ahora, en este 2025 que inicia con un atractivo acontecer para la poesía venezolana: la antología poética *Que el río responda*, coeditada por la editorial Visor y la Fundación para la Cultura Urbana. Este título se une a los de otros poetas venezolanos que han aparecido en el sello español en los últimos años.

Para quienes no vivimos en Caracas, la presencia de Carmen Verde Arocha se traduce en su constante esfuerzo como editora de Editorial Eclepsidra, en los eventos que ella preside con su acostumbrado profesionalismo, con la prestancia que pocas veces (o casi nunca, que yo sepa) da espacio a la informalidad. Y lo que más sorprende es que, al mismo tiempo que desarrolla ese trabajo editor, lleva adelante una evolución de su lírica personal: una obra que, hasta los momentos, se resume en seis poemarios íntegros y distribuidos desde 1997 hasta 2017, que luego se juntaron en su poesía reunida (2022) y que ahora leemos en su compendio *Que el río responda*, una síntesis de todo aquello. A este doble empeño como editora y poeta, se suma su formación académica reciente como historiadora cultural: *Empresas editoriales venezolanas, apogeo y ocaso* (2024). Esto parece suceder sin premuras, con la temperatura necesaria para no enfriarse y calentarse hasta la congelación o la evaporación de sus esfuerzos.

Cuando le comenté a Carmen Verde Arocha sobre mi deseo de reseñar *Que el río responda*, me hizo saber que ella misma hizo la selección de los poemas, que no había divisiones más allá de las otorgadas por el título de cada libro y que no llevaba prólogo: “los poemas se defiendan solos”, me dijo, como una aclaratoria para mi lectura posterior. De esa manera asumí esta escritura: la indagación de los poemas que ella ha elegido para sus lectores, ahora ya no solo venezolanos, sino también hispanoamericanos. Esta disposición de los textos permite apreciar el desarrollo de un estilo, la progresión de unos temas, la revisión de algunas estructuras.

En sus inicios notamos una voz que decide “creer” y aferrarse al legado ancestral y a la vez moderno que se concreta en distintas estaciones, en el cuerpo, a través del canto y la danza: mujer, fertilidad, infancia y paisaje desolado y esperanzador. Es un verso fluido que se nota joven, pero que confiesa que ha vivido. O eso es lo que da a entender. Cuando leemos que “El hallazgo / fue de piedras” hay un lenguaje revelado. De esta Magdalena que es bíblica y contemporánea, salta a su segundo libro (*Cuira*) con la dualidad del verso y la prosa que es la misma Carmen nombrada y en negritud explícita. Esa misma prosa que habla del padre, de la vegetación autóctona, de la feminidad, de una magia local, de los que aparecen y desaparecen en los ritos que se refundan.

¿Cómo somatiza la imagen Carmen Verde Arocha? ¿Cuál es su estirpe? Una palabra toma el lugar de esta interpretación: sacrificial. En la poética de la autora, las fuentes están diversificadas, buscan una amplitud en este lado del mundo y en otros mundos donde el cuerpo deja de ser cuerpo (reino del tacto) y se arriesga desde lo inmaterial. La realidad que el poema describe es una realidad que solo querríamos presenciar a través de la creación literaria. Es una poesía para ser leída, pues, si quisiéramos vivirla empíricamente, tendríamos que estar preparados (iniciados). Una realidad invocada.

No sé si Carmen Verde Arocha lo tendría presente, pero unos cuantos de sus poemas me acercan a la rara atmósfera de pueblos latinoamericanos recreados desde la ficción: el desamparo, la rudeza del paisaje y un temor afianzado en la imaginación de sus habitantes y de la suya propia. O como acertadamente lo ha manifestado el crítico Luis Miguel Isava, refiriéndose al lenguaje de Carmen: poseedora de una “imaginación verbal” y “con yuxtaposición de heterogéneos registros verbales y visuales”.

Dentro de la tradición poética venezolana, la poética de Carmen se acercaría a un libro capital de los años 60: *Los cuadernos del destierro*, de Rafael Cadenas. El ímpetu de un yo que echa mano de la enumeración y la libre asociación y que, sin contriciones, reza y blasfema (“Las moscas siempre estarán en la piel / y en el orificio de dios lastimado”). Siempre se dirá poco y siempre será insuficiente hablar en torno a este tipo de propuestas. Se llegaría a un punto en el que cualquier valoración entraría en el dominio de lo arbitrario y lo excesivo. La sobreinterpretación de una expresión que no se proponía fundar territorios, sino su propia presencia.

Lo que destaca en Carmen Verde Arocha es un gran interés en la consolidación de un Libro (esta mayúscula es premeditada), y que, hasta los momentos, posee seis filamentos o ramificaciones (sus seis poemarios). Todo indica que ese Libro congregará todo lo que ya la autora intuía desde *Magdalena en Ginebra* (1997) y que también se reitera, con sus consabidos progresos, en *Canción gótica* (2017). De ahí la sensación “estacionaria”, esa que nos impide hacer diferenciaciones rotundas o categóricas. Esta constante, lejos de ser un punto en su contra, le ha permitido profundizar varias aristas, desde sus poemas de corto y largo aliento (seccionados o no), hasta sus ensayos del poema en prosa. De Carmen resalto el “saber” perceptivo, sinestésico, que va de la fragmentación a la unión de sus naturalezas. Ese saber que no se agota en las imágenes fundadas.